

## La máquina del tiempo

### Presentación de Artefacto 6/2007

Soledad Vallejos

**LA MÁQUINA DEL TIEMPO.** Cuando yo era chica se decía que Mirtha Legrand se había operado para sacarse arrugas de la cara. La técnica sonaba brutal y simple: se hacían cortes por detrás de las orejas, se estiraba la piel hacia atrás, y todo se llevaba, como un rodete, a la nuca. Por eso en la tele siempre se peinaba así: tenía un nudo oculto por el pelo.

La televisión era en blanco y negro, sólo se veían canales de aire, y eventualmente en un día de sol también canal 2. La transmisión empezaba al mediodía y terminaba a medianoche, generalmente con oficios religiosos. En las telenovelas no se hablaba de ADN.

Era común que la gente, en las casas, compartiera teléfonos, porque ENTEL instalaba poco, mal y caro. No había celulares.

Los que viajaban al exterior en la época de la plata dulce contaban maravillas de Disneylandia y traían pruebas del esplendor, que era el futuro, que quedaba en otro lado: algún televisor color, alguna cámara que sacaba fotos capaces de revelarse solas y en minutos.

La música venía exclusivamente en vinilos o en casetes, las películas sólo podían verse usando proyectores (en el cine, en casas con super 8, en el Cinegraph) o aprovechando la tele.

En las casas no había computadoras, y en las oficinas tampoco. Como mucho, máquinas de escribir; eléctricas, si había opulencia.

Tengo amigas que trabajaron en redacciones llenas de máquinas de escribir (no eléctricas.). Dicen que el ruido y la basura eran infernales. También que las páginas de los diarios se armaban a mano, con un método artesanal: se medía el

espacio con escuadra, se cortaban y pegaban papeles a mano. Un solo error obligaba a desechar el trabajo de horas. El archivo se consultaba en papel, la investigación se hacía con libros.

En televisión había noticieros al mediodía y a la noche, pero diarios había muchos: los de la mañana y los vespertinos, en dos ediciones, 5ta y 7ma. Los noticieros de la radio, a la mañana, tenían audiencias altísimas. No se transmitía en FM. Lo que no se veía, leía, escuchaba en su momento, una se lo perdía: no había tal cosa como el archivo universal de wikipedia, you tube o las hemerotecas virtuales que arman los diarios en sus páginas. Tampoco la prosa blogger en ninguna de sus variantes en perpetua mutación y generación espontánea (reporteros, talleristas literarios, opinadores compulsivos, exhibicionistas crónicos).

**ACÁ ESTAMOS.** Nací en el 74, lo que quiere decir que en realidad entre todo eso y ahora no pasó una eternidad.

Hace cinco años, estaban empezando a venderse los celulares con cámara de fotos. Eran carísimos. Se me quedaron grabadas algunas de esas publicidades, y también otra, de una campaña que estaba haciendo canal 13 porque cumplía años. Las piezas decían algo como: “¿te acordás cuando veías tal programa con tu abuelo en la tele blanco y negro?” La historia de ese canal se volvía album de fotos familiar, doméstico (no tenemos la foto del abuelo que llegó de Europa escapando de la guerra y la miseria, no nos acordamos de cómo fue tu nacimiento, querida, perdón, pero bueno, sí se que ese día Pipo Mancera tenía de invitado a Palito Ortega, etc, etc.) Pudiendo anclar el origen del canal a, pongamos, la historia del país, la historia mundial, y hasta cualquier evento de dimensión social, habían elegido marcar como hito la reclusión del consumo mediático doméstico. Raro.

**DIGRESIÓN.** Mientras tomo estas notas, chateo con un amigo que trabaja en sistemas y es un geek, la versión moderna del nerd. Este amigo, que colecciona gadgets, es un maniático de la tecnología, vive constantemente al tanto de novedades, desarrollos y proyectos. Dice que vió un I pod por primera vez en 2005, que tenía pantalla monocromo y poquísima capacidad. Y agrega: “es

increíble que eso haya sido hace solamente cuatro años”. Buscando lo de los celulares con cámara, descubrió que en mercado libre alguien vendía un modelo viejo a 4 mil pesos, como antigüedad, y que alguien más ofrecía lo mismo a 1\$, “como desecho de la tecnología”. Como es malo, también agregó: “quiero decirte que vos tenías tele blanco y negro porque eras pobre; yo desde el 78 (un año antes de nacer) que tengo tele color; un paciente se la trajo a mi papá de afuera para que viera el mundial”.

**RIZANDO EL RIZO.** Las últimas veces que estuve en discotecas o fiestas más o menos grandes vi la misma escena repetirse: grupo de amigas o amigos, baile, celulares en mano, click, flash, foto. No sacan una y siguen bailando. Sacan una, la miran, sacan otra, la miran, y así hasta que termina la música o se aburren de la locación y buscan otro fondo para las fotos que ven al instante y seguramente subirán en un fotolog al volver a sus casas, para compartirlas con los mismos retratados y alguno que se perdió el evento. Las comentarán allí mismo, o por chat, las linkearán a sus blogs y volverán a empezar al día siguiente. De la fiesta ni noticias. Algo está cambiando.

La enumeración del principio puede parecer inconducente, pero quisiera volver a ella por un momento. Ahora nadie diría lo que se decía entonces de las operaciones de Mirtha Legrand: hay un saber común, socializado, hay un catálogo de cirugías estéticas que cualquiera conoce. Las intervenciones correctoras del cuerpo que tienen por función adaptarlo a patrones de belleza idealizados y modelizantes son tan habituales que cualquier vedette cuenta su rejuvenecimiento vaginal en un programa televisivo de la tarde, cualquiera de nosotros vio alguna vez al menos un reality sobre mujeres que olvidaron sus problemas gracias a la bondad de un equipo de cirujanos; también vimos a los cirujanos en acción y explicando paso a paso su trabajo. Entrar a un quirófano, dejarse anestesiar, cortar, modelar, coser es narrado como una panacea democratizadora de la belleza. Quien lo niegue recibe acusaciones de fundamentalismo, de pretensiones de superioridad. No intenten reírse en público de las publicidades que hablan de cremas con lemas como tecnología anti edad,

inteligencia anti edad, etc. Así de naturales nos parecen esas prácticas y esos discursos.

La televisión es un continuum con más de cien opciones, en formatos, temas, duraciones. Qué decir de los teléfonos y el gigantesco nicho comercial que va a seguir abriéndose en los próximos años; el marketing insiste: no importan sólo la (multi)funcionalidad y la novedad del modelo, sino también las apariencias del objeto. Internet habilita la sospecha de que todo resulta posible: relacionarse con conocidos y desconocidos, averiguar cosas, informarse. Disponiendo del dinero, si no podemos comprar algo aquí, entraremos a un sitio de otro país, lo encargaremos, en unos días estará esperándonos en la aduana. A cualquier hora, en cualquier lugar, dos o tres dispositivos nos darán acceso al producto de la industria cultural que deseemos consumir: un disco nuevo o raro, una serie que acaba de terminar, un programa de hace 40 años, una película inconseguible; si no está disponible en formato comercial, podemos obtenerlo gracias a las redes de intercambio de contenidos. Libros también. Lo mismo pasa con diarios, revistas, radios y programas televisivos varios.

En los diarios, se escribe y diagrama con computadoras; se usan fotografías y archivos digitales; se recurre, con asombrosa frecuencia, a internet como toda fuente.

**ROMPAN TODO.** A veces naturalizamos de una manera tan contundente lo que pasa y dónde estamos que no notamos las huellas que borramos en cuanto las hacemos. El mundo alrededor promete maravillas con argumentos viejos y retóricas no tan novedosas: para vender tecnología se habla del progreso, para alabar posibilidades técnicas se menta el futuro. Y sin embargo no nos damos cuenta, y seguimos tan felices con la promesa perpetua de que lo mejor está por venir porque avanzamos sin problemas, sin dudas, sin posibilidad de vuelta atrás. Tan enfrascados estamos en eso que las drogas de diseño nos llevan a paraísos artificiales en toda su literalidad: drogarse, hoy, no consiste en búsqueda mística o de percepciones diferenciadas, sino en sentir en el cuerpo la experiencia de la felicidad.

Eso que afirma un optimismo sin resquicios es aterrador.

Si todo es posible, no tenemos límites. Y sin límites, en realidad, nada nunca es posible, nada se diferencia, no hay fácil o difícil, no hay experiencia de la ansiedad y placer del logro, tampoco frustración, sólo pequeñas demoras y soluciones redondas. Si todo es posible, a fin de cuentas, está vedado el deseo.

Por suerte, queda gente que en medio de la avalancha feliz se hace preguntas, y arriesga respuestas o nuevas preguntas que sólo nos llevan a un lugar de incertidumbre. Si esas palabras no alcanzan, buscan otras y las traducen, las comparten, socializan esas otras preguntas posibles. De alguna manera, abren muchas puertas a muchos abismos.

Es eso justamente lo que hace falta: redescubrir la dimensión de lo incierto, buscar la quinta pata al gato (que seguramente tiene 6, 7 patas). No es más que reconciliarnos con la experiencia humana. Porque si algo podemos compartir es la angustia de la existencia y sus derivados, que son privados y son sociales. ¿Cómo podría prescindirse de las preguntas?

Dios, lo político y lo técnico actúan de maneras misteriosas. La negación del pasado y la historia que suponen la instantaneidad del presente y la eterna, y alcanzable, promesa del futuro tal vez sean algunas de ellas. En cualquier caso, esas son premisas que vienen de la mano de la técnica y el discurso que la acompaña, las prácticas que la vuelven cotidiana, la construyen irremplazable y elemento de lo identitario. En prescindencia de la técnica y la tecnología, los sujetos no son, no somos.

Una cámara digital ahorra costos: no hay que comprar rollo, no hay que revelar, alcanza con que tenga batería y memory card. Pero definitivamente nos dice algo de la construcción cotidiana de las memorias personales. Los modos de funcionamiento de las empresas, sean o no periodísticas, lo mismo que los modos de elaboración del conocimiento, se están transformando de manera profunda, sin que esta vez haya ludditas entre nosotros. No los invoco en términos de destrucción absoluta sino de atentado: absurdo romper las computadoras, no tanto suspender la creencia ingenua.

Nada más tonto que creer que existe lo dado y simplemente sonreír, agradecer, y seguir adelante. Si hacemos eso, estamos perdiendo algo: no el tiempo, sino la

posibilidad de construir otras conexiones con nosotros mismos, con quienes nos rodean, con los procesos, con los objetos, con nuestras propias vidas.

En este mundo, también: ¿qué pasa con la amistad, el amor, los vínculos familiares?